

### Sumilla:

La figura de Montesinos no es simplemente relegada a una alteridad radical, sino tomada por los sujetos sociales como un referente móvil de las acciones y de las estrategias de la vida cotidiana. En su figura podemos estudiar la disposición de un sujeto que reconstruye activamente otro-modo-de-ser en el juego político: donde no hay reglas fijas, donde la *confianza* se troca por la *complicidad* y en donde la corrupción empieza a desarrollar *proyectos*. Así, la figura de Montesinos sintetiza tres ideas centrales: el fracaso del otro es un modo de beneficiarme («tu fracaso es mi progreso»); la moral es performativa, es parte de un juego de actuaciones estratégicas en el terreno, en donde se ha disociado el carácter normativo-punitivo de la ley de las prohibiciones del imaginario social: estas estrategias y estos modos de imaginar la política y la vida cotidiana revelan la existencia de un sujeto diferente: el Gran Pendejo, el Corrupto que dispone y elabora sofisticadas estrategias para construir sus propios caminos para la acción; caminos que atraviesan las disposiciones normativas y que las reinventan desde su interior.

# EL POLÍTICO Y EL PENDEJO

Digresiones sobre la figura de Montesinos

*Jaris Mujica*

No es muy alto ni muy robusto, tiene poco cabello, piel discretamente cobriza. La nariz describe una curva aguileña, el rostro parco, arrugado en la frente, los ojos pequeños, pero siempre alertas. El rostro de Montesinos se ha impreso como un sello indeleble en el imaginario social y se moviliza como un antimodelo de los discursos éticos: el *no-deber-ser* que arrastra su propio semblante. Pero funciona, también, como un referente de acción e identificación de un gran sector de los peruanos que pone en escena actitudes y modalidades de comportamiento que parecen tener cierta relación con este personaje.

La exhibición teatralizada de la corrupción de Montesinos y Fujimori muestra solo un rostro extremo del fenómeno, y a veces hace olvidar que estas figuras solo son parte de un enorme conglomerado de prácticas que no terminan en ellos, sino que las ubican como punto de inflexión en los imaginarios. En muchos casos, lejos de rechazar su «imagen», los sujetos la reubican como referente de prácticas y modelos que fluctúan en el terreno social. No se trata de argumentar que Montesinos se ha convertido en un héroe social; pero tampoco se puede asegurar que su figura es radicalmente repudiada por todos los sujetos. Lo importante es dar cuenta del discurso ambiguo que juega alrededor de su figura y mostrar algunos puntos de referencia a los que los actores aluden a partir de su imagen.

1. *Dinero, poder y mujeres*, son los puntos centrales de la referencia a Montesinos que hace un grupo de jóvenes<sup>1</sup>. Los actores manifiestan inmediatamente que sus objetivos son conseguir estos tres elementos que parecen ser el nodo del «éxito social». El dinero, como beneficio material da a los actores la posibilidad de movilizarse socialmente; el poder, la posibilidad de actuar en el espacio social utilizando las reglas a su favor o atravesándolas; las mujeres, parecen ser el símbolo extremo de los bienes suntuarios, mujer cosificada, como un bien ostentable y, en paralelo, como centro de la familia. No interesa cómo, pero la consecución de estos objetivos es lo más importante para gran parte de estos sujetos. Lo interesante es que, en un primer momento del discurso, el *deber-ser* indica que los modos en que Montesinos actuó para conseguir estos objetivos *no-son-los-correctos* (sobornos, traiciones, chantajes); sin embargo, pronto manifiestan que si tuvieran la oportunidad de hacerlo, lo harían «sin pensarlo dos veces». Esto parece resumirse en la frase: «No soy corrupto, porque no tengo las oportunidades».

El problema central para estos actores no es el dilema ético que impide llevar a cabo una serie de actos



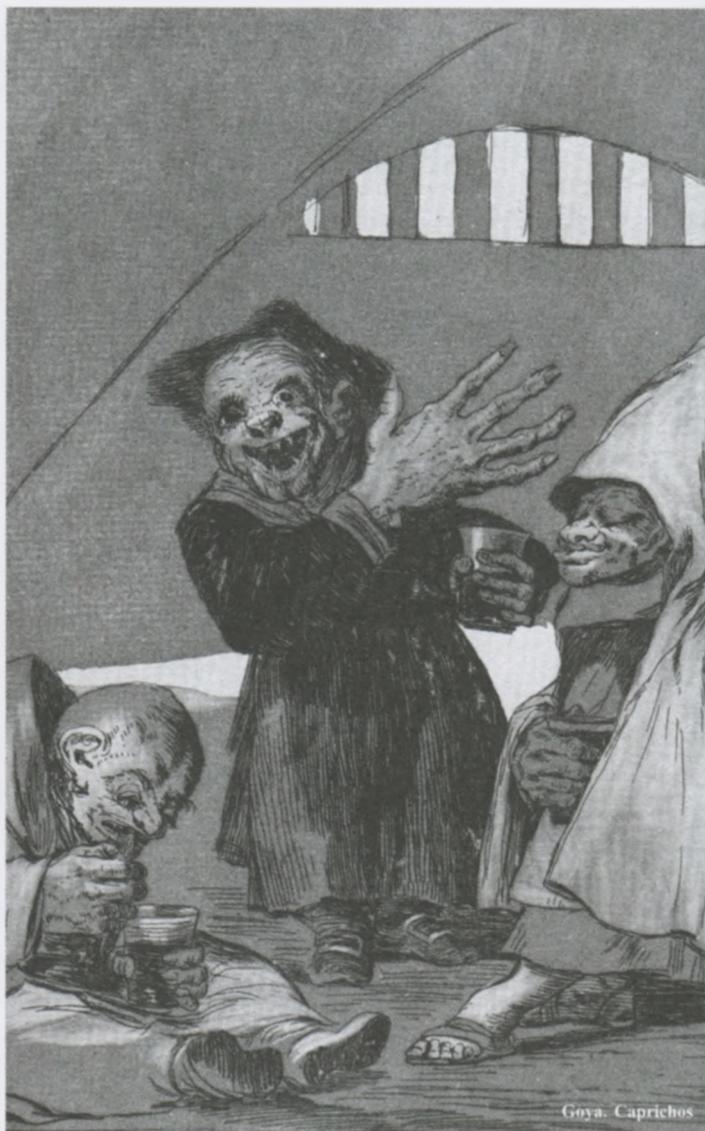
corruptos, ilegales o transgresores, sino que «no se tiene la oportunidad de hacerlo». La construcción de las oportunidades va a ponerse al centro del asunto, pues esa es la tarea central de un buen estratega, que actúa con sagacidad para poder tener un momento para llevar a cabo sus objetivos. Debe saber esperar con calma y movilizarse en el momento preciso. La consecución de los fines centrales que llevan al éxito del disfrute, al goce, implican que alguien debe sufrir las consecuencias de este éxito. No se disfruta con libertad plena, sino a costa de los otros: «La consecución de mi éxito implica el perjuicio de otros» y viceversa, «el éxito de otros implica mi perjuicio». En esta mirada siempre hay alguien afectado, el objetivo es lograr el éxito sin salir «dañado», pero sabiendo que esto implicará necesariamente «dañar» a otros. Esto sugiere la frase: «Tu fracaso es mi progreso»<sup>2</sup>.

2. La identificación con estas premisas no es inmediata entre los actores, cuesta un poco de trabajo que dialoguen con facilidad sobre el tema, pero cuando lo hacen, cuando «entran en confianza», las imágenes

empiezan a tener más consistencia. La identificación primera de la figura de Montesinos refiere a tres asuntos: «corrupción», «robo» y «viveza». Todos los sujetos estaban de acuerdo en que Montesinos era un «corrupto», un «ladrón» y un «vivo», pero esto aún requiere de un juicio más preciso. La primera respuesta fue «que estos son valores negativos». Sin embargo, poco tiempo después los sujetos coincidieron en el juicio central y en la frase que los congrega: «Montesinos era un Grande». Ambos discursos no se contradicen, pues indican que ser corrupto, ladrón y vivo puede implicar «ser un Grande», «saber hacerla».

Lo interesante de esto es que se muestra un rostro más cotidiano de la identificación con Montesinos. Este era «un Grande», porque logró la consecución del éxito (dinero, poder y mujeres) a través de oportunidades construidas gracias a su sagacidad, en estas acciones produjo perjuicios y daños a otros sujetos (aunque esto parece ponerse en un segundo plano). Esto sugiere que no es que haya una «doble moral» o una «moral doble», sino más bien un criterio performativo de los discursos morales y de las acciones. Una doble moral implica dos juegos de valores contrapuestos que se yuxtaponen, superponen, pero que tienen asideros fijos; mientras que lo que intentamos decir es que lo que funciona en la práctica es un modo de pensar el espacio social que implica el constante reacomodo estratégico de los valores en juegos discursivos y en performances estratégicas. No se intercambia de moral, sino que nuestros criterios permiten gran flexibilidad en la acción; hay unos modos de pensar la moral que reinventan los códigos unívocos y que plantean maneras particulares de imaginar el asunto<sup>3</sup>.

3. La constitución de este juego de valores performativos permite a los sujetos actuar sin remordimiento, pues la maquinaria punitiva no se sostiene en una prohibición primordial acatada por los sujetos, sino más bien en el criterio del aprovechamiento de las opciones ante el riesgo de que «otro lo haga antes que tú» (el que *no aprovecha las oportunidades* puede ser razón de castigo o burla). Llevar a cabo un acto corrupto, o desplegar en el escenario social actos transgresores, no revierte en «remordimiento de la conciencia», no porque no exista un juicio socialmente negativo sobre esto, sino



Goya. Caprichos

porque los mecanismos de acción están planteados justamente sobre este juego transgresor, «está mal, pero hay que hacerlo», «está mal, pero es más fácil», «está mal, pero es mejor». Esto lleva a considerar reglas de la disposición de las acciones sociales bajo criterios que están asentados en el terreno y en los imaginarios.

Las máximas de la ética de Montesinos de las que habla Portocarrero parecen referir a estos criterios comunes, modos «normalizados» de acción: primero, «los acuerdos deben respetarse mientras me resulten beneficiosos. Una vez que dejan de serlo, quedo liberado del compromiso». Segundo, «es posible censurar al otro por hacer las mismas cosas de las que yo me felicito [...]». Tercero, «tener poder me exime del cumplimiento de la ley [...]»; estar encima de la ley, no ser fiscalizado, es prueba de mi propia superioridad [...]». Cuarto, «la lealtad para conmigo es el valor fundamental que puede tener un

subordinado. El subordinado, es el rostro que deben tener quienes quieran acercarse»<sup>4</sup>.

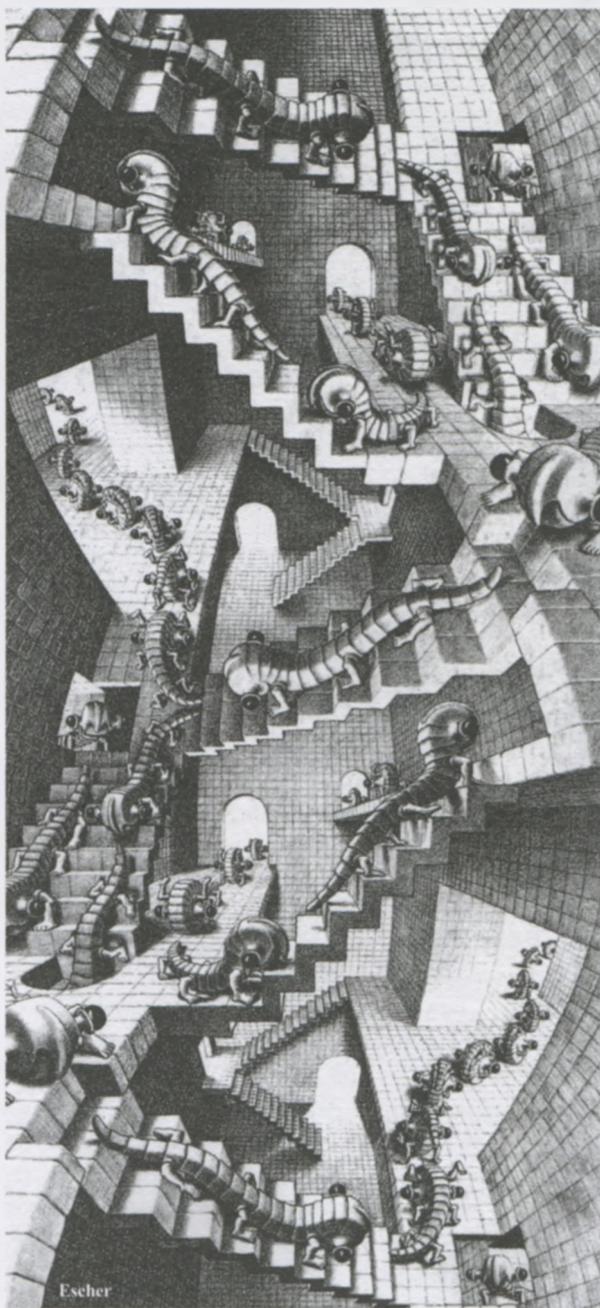
Esto lleva a preguntar por la posición del transgresor y por aquello que transgrede, pues en este escenario los principios del juego (las máximas) parecen ya estar esbozados en los imaginarios (si no delineadas en la práctica). Lo que está en juego (lo que se transgrede) no es tanto un aparato moral de restricciones (enclavado en la conciencia «interior»), sino más bien un «orden del discurso» normativo (dispositivo de las reglas «exteriores»). Hay una disociación entre la normatividad (el *deber-ser*) y los límites de la práctica social (la *prohibición*, el *tabú*<sup>5</sup>). Es decir, las prácticas sociales transgresoras, que tienen incluso máximas reconocibles de acción, son efectuadas sin prohibiciones efectivas; pues la ley, al no tener el sustento de un aparato de «saber-verdad», queda como «letra muerta» y permite el surgimiento de otros modos comunes de ordenar el juego.

4. Montesinos representa este espacio, estos complejos mecanismos sociales que ponemos en juego todos los días, inventando otras maneras de relacionarnos con la ley. Su figura es leída, entonces, en una doble perspectiva: la del discurso normativo, y la de la práctica cotidiana; ambas miradas se interceptan, y fundan un modo particular de pensar los «valores» y de diseñar estrategias de acción<sup>6</sup>. Montesinos se convierte así en referente de estos patrones, pero no puede ser un «modelo», ni puede erigirse como un «héroe». Los sujetos indican que si bien Montesinos «era un Grande», porque «sabía hacerla», este se «dejó atrapar» y ahora «paga las consecuencias de sus actos en la cárcel».

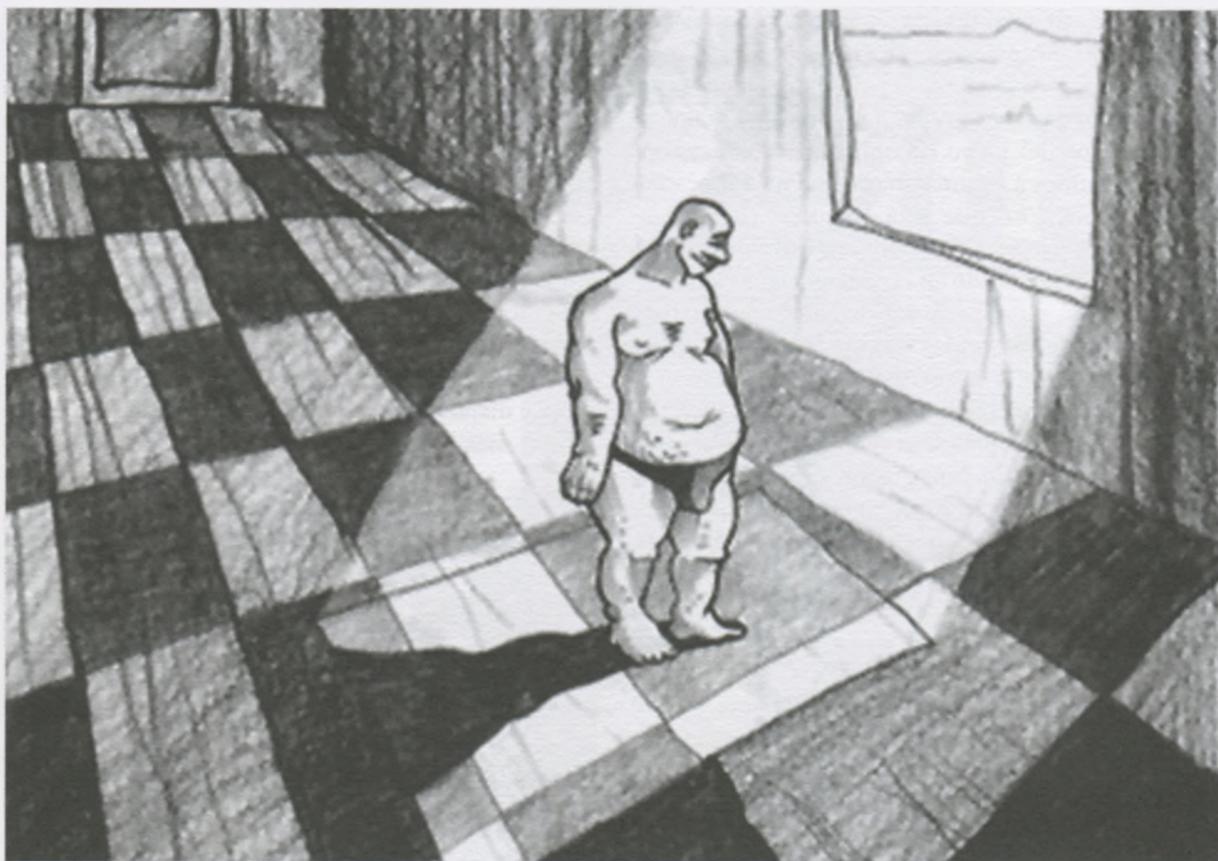
Sin embargo, esto no quiere decir que se plantea una desidentificación radical o que los sujetos se desvinculan tajantemente de la imagen de este personaje. Lo que sucede más bien es que su propia caída alimenta la idea que representa (recordemos las máximas que propone Portocarrero). Montesinos representa al Gran Corruptor (al Gran Pendejo<sup>7</sup>), a quien supo estar en la cima del poder, y su caída, que parecería significar el repliegue y el derrumbe del referente, y el error que lleva a consecuencias desastrosas (la cárcel), se reinventan debido a su propio principio.

La caída de Montesinos y el ocaso de su «viveza» no destruye a los otros corruptos ni los hace retroceder, sino que muestra otro modo de acercarse a estos, de mejorar sus estrategias. Es decir, el encierro de Montesinos, la caída de un sujeto, no destruye el patrón del juego, puesto que no se trata de liderazgos efectivos, sino de modos

de identificación preformativa: ni siquiera se establece una organización, ni formalidad, sino solamente un espacio de referencia y prácticas comunes. Ver que un corrupto cae no implica la caída de uno mismo ni de todos los corruptos, puesto que el yerro del otro servirá para aprender de dichos errores y no cometerlos («tu fracaso es mi progreso»). El corrupto, como el pendejo, se alimenta de la caída de otros como él. Así, la caída del Gran Corruptor (el Gran Pendejo), Montesinos, no muestra el fin de la corrupción ni de la pendejada, sino que permite que otros actores replanteen su propia disposición en el terreno actuando de otra forma: más sutil, más cuidadosa, más sofisticada.



Escher



Esto no solo refiere a los actores sociales en los espacios más cotidianos, sino también a los grandes actores de los sistemas políticos y las cúpulas de poder formal. Aquello que parecía ser el fin simbólico de estos mecanismos es más bien un catalizador de su propia disposición.

5. Finalmente, hay algo que intriga de este juego, algo que parece ser ambiguo. La apuesta de Montesinos parece ser hecha para jugarse en el momento, como si no existiera plan alguno del corrupto que le permita establecer relaciones más estables y firmes. Sin embargo, los videos que Montesinos se dedicó a hacer parecen mostrar una dimensión distinta de este asunto, muestran la existencia de un proyecto,<sup>8</sup> que escapa a los planes inmediatos y que parece generar un trazo de mediano y largo plazo. La lógica de este proyecto, sin embargo, es distinta a la del modelo normativo. Aquí la confianza se ha trocado en complicidad<sup>9</sup> y es justamente esta el objetivo.

Para Montesinos, esto es central y parece ser el nodo de su *proyecto*, los grandes fajos de dinero puestos en la mesita de centro del SIN parecían estar dispuestos de antemano para ser parte de la exhibición, del montaje teatral elaborado para la cámara y que sería el aval de

una relación que formaría *cómplices*: la carta de seguridad que haría de esta relación parte del proyecto. El corrupto sobrepasa así la condición efímera de su posición y elabora un nuevo tipo de contrato (este es un espacio central de estudio: ¿cuáles son estos contratos y cómo se disponen en la vida cotidiana?).

¿Qué tipo de alianzas se tejen en estos contratos forzosos y no tan forzosos? ¿Cuáles son las estrategias que se ponen en escena en este modo particular de plantear las relaciones? La imagen de Montesinos nos devuelve al centro de estos fenómenos y nos muestra su vigencia: su actualidad. Uno de los jóvenes entrevistados se refería tajantemente a su figura: «todos quieren ser como Montesinos, nada más que no lo admitimos». Nos *fascina* su poder, su capacidad para generar redes, alianzas sin asideros fijos; la capacidad para no referirse a la responsabilidad y jugar desde sus propios intereses. Esto resulta ser sumamente peligroso en términos del sustento de la normatividad y del quehacer democrático, pues parece ser que se empieza a elaborar un discurso más complejo, más sofisticado, en el que el Gran Pendejo, el Corrupto, empieza a elaborar proyectos, a jugar con la política, a *construir*.

## NOTAS

<sup>1</sup> Las ideas que exponemos se sostienen en veinte entrevistas en profundidad y la misma cantidad de listados de asociación libre, llevados a cabo durante la segunda mitad del año 2004 en la ciudad de Lima a jóvenes varones entre 20 y 30 años de edad.

<sup>2</sup> Tomado de la parte trasera de un combi en la Avenida Arenales, 24/5/5.

<sup>3</sup> Con esto no intentamos decir que esta sea una «buena» alternativa, sino que es una manera diferente de pensar el fenómeno. Aquí se inscribe una tarea central para las ciencias sociales, pues se trata de preguntar cómo es que pensamos y ponemos en práctica los valores discursivos que se ofrecen en el ámbito del deber-ser. Cuál es la correlación efectiva entre estos y las prácticas sociales.

<sup>4</sup> PORTOCARRERO, Gonzalo. *Rostros criollos del mal. Cultura y transgresión en la sociedad peruana*. Lima, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2004. p. 61.

<sup>5</sup> Esto resulta fundamental, pues parece ser que la ley siempre estuvo asociada a una forma de tabú que permitía su cumplimiento. Cuando no sucedía así los mecanismos represivos y punitivos funcionaban como constructores del tabú social, prohibiciones radicales que dan origen a una interiorización de las reglas.

<sup>6</sup> Cuando se dice en el discurso común que «no tenemos valores», se refieren a los valores del discurso normativo. Sin embargo, cabe preguntar ¿cuáles son estos «valores» que se ponen en juego en la práctica? ¿cuáles son los criterios de acción?

<sup>7</sup> El corrupto es un tipo de pendejo, un sujeto que sabe jugar con las normas y «sacarles la vuelta desde adentro».

<sup>8</sup> Esta idea fue sugerida por Deborah Poole en el Seminario Internacional sobre la Corrupción organizado por SUR Casa de Estudios del Socialismo, realizado en Lima en Octubre de 2004.

<sup>9</sup> La idea está desarrollada en MUJICA, Jaris. «Relaciones corruptas. Redes de corrupción, poder y autoridad en espacios locales». En: UGARTECHE, Oscar (Comp.) *Vicios públicos. Poder y corrupción*. Lima-México, Fondo de Cultura Económica-SUR, 2005.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abed, George y Sanjeev GUPTA. *Governance, corruption and economic performance*. Washington, IMF, 2002.
- Balandier, Georges. *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona, Paidós, 1999.
- Balandier, Georges. *Antropología política*. Barcelona, Anagrama, 1994.
- Portocarrero, Gonzalo. *Rostro criollos del mal. Cultura y transgresión en la sociedad peruana*. Lima, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2004.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Madrid, Siglo XXI, 1994.
- Foucault, Michel. *El pensamiento del afuera*. Valencia, Pre-textos, 2000.
- Foucault, Michel. *Tecnologías del yo*. Barcelona, Paidós, 1996.
- Foucault, Michel. *El sujeto y el poder*. Bogotá, Carpe Diem, 1996.
- Foucault, Michel. *Defender la sociedad*. México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Mujica, Jaris. «Autoridades subversivas, ciudadanos transgresores. Sobre la corrupción en el Perú». En: *Coyuntura. Análisis económico y social de actualidad*. Año 1, N° 2. Lima, CISEPA-PUCP, 2005.
- Mujica, Jaris. «Palabras corruptas. El lenguaje de la corrupción o la corrupción como lenguaje». En: *Anthropia. Revista de antropología y otras cosas*. Año 3, N° 3. Lima, PUCP, 2004.
- Mujica, Jaris. «Estrategias de corrupción. Poder, autoridad y corrupción en gobiernos locales». En: UGARTECHE, Oscar (Comp.) *Vicios públicos. Poder y corrupción*. Lima-México, Fondo de Cultura Económica-SUR Casa de Estudios del Socialismo, 2005.
- Revue Tiers Monde*, N° 161 Janvier-Mars 2000, t. XLI. Paris, Presses universitaires de France.
- I•EK, Slavoj. *Porque no saben lo que hacen. El goce como factor político*. Madrid, Paidós, 2000.

